

La Alhambra y la Granada Andalusí

MÓDULO 3

3.4. LA MADRAZA NAZARÍ DE GRANADA

Por *María Elena Díez Jorge*

Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Granada

Era un día de diciembre de 1349. Los estudiantes estaban dentro de la recién inaugurada madrasa de Granada. Desde allí escuchaban la voz del almuédano llamando a la oración desde la mezquita aljama de la ciudad, justo enfrente de donde estudiaban. En el interior reinaba la concentración para escuchar al profesor que hablaba. Era un espacio que permitía estar centrados en el estudio pues dormían allí mismo durante el período de formación. Cuando salían a la puerta la vida cambiaba y se convertía en una explosión de ruidos y color pues la Alcaicería estaba próxima y pasaban los comerciantes con perfumes muy caros y tejidos de gran riqueza. El olor a especias inundaba esas estrechas calles que se distribuían alrededor de la mezquita mayor y su madrasa.

Allí estudiaban solo varones. Las mujeres no podían acceder a este espacio para estudiar. Las que podían recibir una educación superior era porque su condición social se lo permitía y lo hacían en sus casas con una maestra o maestro y normalmente separados tras una cortina. Ellos habían oído hablar de mujeres sabias porque eran muy conocidas algunas de Granada y coetáneas de su tiempo, como Umm al-Ḥasan al-Ṭanḡāliyya, más conocida como Umm al-Ḥasan, cuyo padre cuentan que podía haber enseñado al conocido poeta y visir Ibn al-Jaṭīb (1313-1374). Ella sabía de medicina y era una gran poetisa, pero no podía ejercer como profesora en la madrasa por su condición de mujer.

Era novedosa una madrasa en al-Andalus. En Málaga había una que se inauguró antes, pero esta de Granada era la primera oficial. Hasta entonces la enseñanza estaba fuera del poder y control de las autoridades, algo que sin embargo había florecido en otros puntos del islam, desde su cuna en Bagdad hasta su institucionalización con la dinastía selḡuqī. Es cierto que se había inaugurado un par de años antes la madrasa meriní de Ceuta, pero esta de Granada era la primera en al-Andalus y se había fundado bajo el sultán Yūsuf I (1333-1354) ese mismo año de 1349, y ya entonces era conocido como gran mecenas de las artes pues estaba inmerso en la construcción de un hermoso palacio con un gran torreón que divisaban desde la parte baja de la ciudad y que el tiempo bautizó como Comares; en la primavera de ese mismo año que se había inaugurado la madrasa se había erigido la majestuosa Bāb al-

La Alhambra y la Granada Andalusí

Šarīa o Puerta de la Justicia en la Alhambra. Ellos decían que estudiaban en la madraza Yūssifiyya, aunque en realidad su verdadero inspirador fue su primer ministro o ḥāyib Riḍwān al-Naṣrī, quien estuvo con este proyecto desde diez años antes de su inauguración. Desde luego, sin el apoyo del sultán no hubiera tenido rentas para su sustento, viviendas para estudiantes y dotación de agua de manera permanente. Así que al llamarla Yūssifiyya, se le reconocía su mecenazgo y grandeza a la vez que agradecimiento.

Hasta entonces en al-Andalus se estudiaba en las mezquitas. Pero Granada era tan populosa y avanzada, con sus diversas alhóndigas, con su gran maristán, que era evidente que una ciudad de tal nivel económico y cultural tuviera una madrasa. Los estudiantes de la madrasa de Granada sabían de su situación privilegiada puesto que esta institución les ofrecía alojamiento y comida y sobre todo una planificación en los estudios puesto que cada profesor tenía asignado una serie de alumnos y además se establecía un período de tiempo determinado. En las mezquitas era todo menos sistematizado. Las universidades de otras ciudades europeas, auspiciadas bajo el manto de la cristiandad, correspondían a un sistema económico y social que nada tenía que ver con al-Andalus. Así que estaban contentos con esta oportunidad que se les brindaba por primera vez en Granada.

Sus profesores eran muy prestigiosos y por eso querían aprovechar cada momento para profundizar en estudios jurídico-religiosos, que era la materia en la que este centro de enseñanza superior se había especializado. Todos los profesores estaban versados en diversas materias y entre ellas el conocimiento del Corán, de hecho, algunos eran predicadores en las diferentes mezquitas de Granada. Uno de sus profesores había muerto ese año y lo echaban de menos: era Ibn Abī l-Ŷayš, experto en derecho de sucesiones, pero también en cálculo y en filología árabe. Todos querían terminar con la iŷāza o certificado de aprendizaje en una determinada materia y que les cualificaba para poder enseñar. Pero para ello les quedaba un período de esfuerzo y dedicación.

Y allí pasaban las horas dedicadas al estudio, charlando en torno a las galerías que bordeaban el patio en el que había una pequeña alberca. Desde dichas galerías accedían a las pequeñas salas donde se afanaban en el estudio, interrumpido solo por la preceptiva oración en el cuidado oratorio, lleno de hermosas yeserías policromadas, y que les iluminaba tanto físicamente, pues la luz atravesaba las celosías del octógono de su cubierta, como espiritualmente, ya que la oración se convertía en guía de

La Alhambra y la Granada Andalusí

sus vidas. En la planta superior tenían sus salas auxiliares y habitaciones para dormir. Todo bien organizado en un minúsculo espacio al que se accedía por una bella portada de mármol blanco en la que las inscripciones coránicas estaban junto a las referencias a su fundador Yūsuf I.

Y en este edificio, en medio del centro neurálgico de la Granada nazarí, forjaron sus vidas y pensamientos, desconocedores quizás de que allí mismo donde estaba su madrasa hubo una importante construcción del siglo XI, con los ziríes, y luego, ya durante el siglo XIII, una vivienda entre el entramado de callejuelas, talleres y tiendas. Ellos sabían que allí estaba su casa de la ciencia y, como decía la lápida fundacional, una mansión de equidad y de luz.